

Formación carismática. La unción

Hablar de “unción” es hablar del **Espíritu Santo**, porque ambos se identifican. Así cuando decimos que una persona, un lugar, un objeto o una acción está “ungida” estamos afirmando que está tomada por el Espíritu Santo.

La “unción” es uno de los **símbolos** que identifica al Espíritu Santo: “El simbolismo de la unción con el óleo es también significativo del Espíritu Santo, hasta el punto de que se ha convertido en sinónimo suyo (cf. 1 Jn 2, 20. 27; 2 Co 1, 21)” (CEC 695). Así pues, el Espíritu Santo es la unción y todo lo que toca lo “unge”.

La unción antes de Jesús

Hay una acción **general** del Espíritu Santo, que “llena la tierra y todo lo abarca” (Sab 1,7), ya que por él se hizo el mundo (cf. Gén 1,2) y gracias a él el hombre recibió la vida (cf. Gén 2,7; Job 27,3; 33,4; 34,14) y se mantiene en ella, pues sin el Espíritu nada puede subsistir (cf. Sal 104,29-30). Pero de modo **particular** el Espíritu muestra su presencia y su fuerza en algunas personas, lugares y objetos que son tocadas por el Espíritu. Esta presencia poderosa del Espíritu es lo que llamamos “unción”.

En el Antiguo Testamento aparece la conexión entre Espíritu y unción cuando son ungidos con óleo los **lugares** y **objetos** para el culto donde Dios se hace presente de modo especial (cf. Éx 30,22-33), así como los **sacerdotes** (cf. Éx 30,30) y los **reyes** (cf. 1 Sam 10,1; 16,12-13; 2 Sam 2,4; 5,3), que son elegidos y consagrados para una misión divina. Al ser ungidos reciben el Espíritu divino, como se dice del rey David: “Samuel cogió el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. Y el espíritu del Señor vino sobre David desde aquel día en adelante” (1 Sam 16,13).

También los **profetas** reciben la unción del Espíritu para su ministerio (cf. Neh 9, 30), como señala Isaías: “El Espíritu del Señor, Dios, está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones desgarrados, proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad; para proclamar un año de gracia del Señor, un día de venganza de nuestro Dios, para consolar a los afligidos” (Is 61,1-2). Como muestra este pasaje, el profeta recibe la unción del Espíritu para ser enviado y desempeñar así un ministerio de predicación, consuelo, sanación y liberación. En cuanto que ungido, el profeta es “el hombre de espíritu” (Os 9,7), en él “mora” el espíritu (cf. Dn 4, 5-6.15), está en él (cf. Dn 6,4; 13,45), el espíritu lo envía (cf. Ez 2,2; Is 48,16), inspira (cf. Is 59, 21; Zac 7,12), conduce (cf. Ez 3,24), lo posee (cf. Dn 5,11.14), lo arrebatada e invade (cf. Ez 11,1.5.24), lo fortalece (cf. Mi 3,8; Zac 4,6), y puede transmitirlo a otros (cf. 2 Re 2,9-15).

En los albores del tiempo mesiánico de un modo más explícito el espíritu se manifiesta con fuerte unción sobre los **justos**, como en Isabel (cf. Lc 1,41-42), Zacarías (cf. Lc 1,67ss), Simeón (cf. Lc 2,25-27), Ana (cf. Lc 2,36-38), y de un modo especial en Juan Bautista, del que se dice que “está lleno del Espíritu Santo ya en el vientre materno” (Lc 1, 15).

La unción en Jesús

Es con la venida del **Mesías** cuando la unción del Espíritu se da en plenitud en Jesús, el Cristo. Mesías, palabra hebrea que deriva de *masah* (“untar”), se traduce al griego por “Cristo” y significa “Ungido”, el que está “untado”, “impregnado”, del Espíritu. En Jesús se cumple plenamente la profecía de Isaías 61,1-4, como él mismo afirma (cf. Lc 4,18-19). De modo que todo lo dicho de los profetas se puede decir de él en modo superlativo: el Ungido es el que vive inmerso en el Espíritu, es habitado por él, poseído, invadido, tomado por completo. Por eso tiene el Espíritu en plenitud: “Sobre él

se posará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor” (Is 11,2; cf. Is 28,5-6).

Jesús es el Cristo (el Ungido). Pero, ¿quién lo unge?, ¿con qué es ungido? La respuesta la tenemos en Hch 10,38: “Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo”. El Padre es el que unge al Hijo, que es el Ungido, y el Espíritu Santo la unción: “El que ha ungido, es el Padre. El que ha sido ungido, es el Hijo, y lo ha sido en el Espíritu que es la unción” (S. Ireneo de Lyon, *Contra las herejías* 3, 18, 3).

Desde la **encarnación** Jesús es el Mesías, el Cristo, el “ungido del Padre” (CEC 727), pues es concebido por la Virgen María por obra del Espíritu Santo y su humanidad es santificada desde el primer momento por el Espíritu: “El Hijo único del Padre, al ser concebido como hombre en el seno de la Virgen María es «Cristo», es decir, el ungido por el Espíritu Santo (cf. Mt 1,20; Lc 1,35), desde el principio de su existencia humana” (CEC 486). Desde este momento es llamado “Cristo” (Mesías): “os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor” (Lc 2,11).

En el **bautismo** del Jordán (cf. Mt 3,16-17) el Espíritu Santo desciende sobre Jesús con vistas a la misión y con la fuerza del Espíritu Jesús comienza su ministerio mesiánico (cf. CEC 438): “por medio del Espíritu, manifestado en forma de paloma, ungió a tu siervo Jesús, para que los hombres reconociesen en él al Mesías, enviado a anunciar la salvación a los pobres” (Prefacio de la fiesta del Bautismo del Señor).

El ungido, el que está invadido por el Espíritu, se deja llevar por él sin poner obstáculos, como hizo Jesús después de ser bautizado en el Jordán, aunque esto suponga combate: “Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y el Espíritu lo fue llevando durante cuarenta días por el desierto, mientras era tentado por el diablo” (Lc 4,1-2). Jesús, en obediencia a la voluntad del Padre, se deja dócilmente conducir por el Espíritu Santo y lucha contra Satanás. Al dejar el desierto “Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu” (Lc 4,14). De modo que la unción de la encarnación perdura para siempre como una presencia permanente del Espíritu, que lo llena (cf. Lc 4,1), guía (cf. Lc 4,2) y acompaña con su poder (cf. Lc 4,14), tal y como se manifiesta en sus obras (cf. Mt 12,28) y palabras (cf. Lc 10,21). Con el poder del Espíritu Jesús predicará con autoridad y obrará milagros, curaciones, exorcismos “por el Espíritu de Dios” (Mt 12,28). Pero la presencia y acción del Espíritu será plena cuando Jesús resucite, pues ahí es donde es “constituido plenamente «Cristo» en su humanidad victoriosa de la muerte (cf. Hch 2, 36)” (CEC 695).

La unción en nosotros

Jesús es el Ungido no solo en su divinidad, sino también en su humanidad con el fin de que todo lo humano pueda recibir el Espíritu y ser así ungido. Como hombre Jesús es prototipo y modelo de unción para nosotros. Por eso nos llamamos **crístianos**, es decir “ungidos” por el Espíritu Santo (cf. 1 Jn 2,20.27; 2 Cor 1,21).

En particular, se recibe la unción para una **misión** concreta. Como Jesús, que fue ungido en el Jordán para desarrollar un ministerio público de consuelo y misericordia: “Vosotros conocéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hch 10,37-38). Jesús realizó su misión porque “Dios estaba con él”, ya que había recibido la unción, por la cual el Espíritu Santo había puesto su morada en él.

En el sacramento del **bautismo** la unción del Espíritu Santo nos configura con Cristo participando sacramental del misterio pascual (somos “cristificados”). Luego, en la **confirmación** recibimos la unción para ser testigos misioneros. Además de la unción recibida en los sacramentos, hay una unción más específica que tiene que ver

con la llamada particular a través de la cual el Espíritu se hace presente y actúa en cada uno de nosotros para el bien de los hermanos. Por tanto, en cuanto que somos bautizados todos los cristianos estamos ungidos porque el Espíritu habita por la gracia santificante en nosotros, en cuanto confirmados somos ungidos para ser evangelizadores y en cuanto que tenemos una vocación específica somos ungidos de modo concreto para realizar ese servicio. En resumen, la unción es la presencia del Espíritu que hace eficaz toda palabra y obra, y así transforma al ungido y a los que él sirve.

La unción en el servicio

El que recibe una **llamada** para un servicio concreto recibe la unción porque es enviado, como Jesús, con la fuerza del Espíritu Santo para hacer presente a Dios entre sus hermanos.

Pero, ¿cómo saber si he recibido una llamada concreta? Se ha de discernir por los frutos que deja. ¿Y cuáles son esos frutos? La unción. Los frutos no se miden por el éxito apostólico, sino porque Dios se hace presente, y en Él siempre hay amor, gozo y paz. Si el que tiene una misión hace palpable la presencia de Dios siendo instrumento de su acción eso muestra que está ungido.

Así, por ejemplo, la unción de un **servidor** no viene meramente por el hecho de haber sido elegido, sino por los frutos que genera su servicio, los cuales son signo de que tiene buen discernimiento para esa responsabilidad de gobierno. Así pues, no están ungidos por haber sido elegidos, sino que la unción viene por la acción del Espíritu en ellos, que habrán de cultivar a través de una incesante unión con Dios, la cual se manifestará en unidad y comunión con los demás, capacidad de trabajar en equipo... de modo que las decisiones que tomen lleven al crecimiento de los hermanos.

Por desgracia, con cierta frecuencia, se cae en el error de pensar que un servidor ya es ungido por el mero hecho de serlo y a veces ha llegado a serlo porque no había otro disponible o por otras razones coyunturales, más que por un auténtico discernimiento espiritual. En este caso es equivocado decir que "Dios capacita a los que elige", con lo que a veces nos engañamos pensando que Dios va a hacer milagros a través de nuestros errores. Aunque el Señor puede sacar un bien de un mal, no nos podemos amparar en ello y hemos de buscar el bien, para lo cual necesitamos orar mucho ya que tenemos la responsabilidad de saber elegir bien a nuestros servidores y, ya elegidos, hemos de seguir orando para que el Señor los unja y sean presencia de Dios para todos los hermanos.

Lo dicho para los servidores podemos aplicarlo a los distintos equipos, ministerios y servicios. Pongamos algunos ejemplos. De un líder de **alabanza** y un ministerio de alabanza podemos decir que está ungido cuando su apertura al Espíritu produce frutos en los hermanos al encaminar la oración conforme a la necesidad concreta de cada momento y del grupo (alabanza fuerte, invocación al Espíritu, oración en lenguas, recogimiento, sanación, liberación, etc.). Así también un ministerio de **música** tiene unción cuando los cantos que elige y la forma de interpretarlos favorecen el encuentro con Dios y el crecimiento en el Señor.

La **predicación** ungida llega a los participantes porque conecta con sus deseos, inquietudes o necesidades por la acción del Espíritu y no como consecuencia de una técnica aprendida, dando así los frutos que Dios quiere. Un ministerio de **acogida** es ungido cuando la persona a la que se acoge experimenta la presencia y el amor de Dios en la atención sabia y prudente, no invasiva, del que lo acoge y se siente así querida y aceptada tal como es. La unción en el ministerio de **intercesión** se manifiesta en que los gestos y palabras del intercesor vienen inspirados por el Espíritu y no por criterios meramente humanos, de ahí que sepa adaptar el tipo, modo y ritmo de la oración conforme a la situación concreta del hermano, de manera que pueda así recibir lo que Dios tenía preparado para él (luz, entendimiento, conversión, consuelo, sanación, amor, alegría, paz...).

Con todo, ha de tenerse en cuenta que las personas que están llamadas para un servicio necesitan realizar un **recorrido**, ya que se requiere un tiempo de **formación**, aprendizaje y práctica. Ser ungido no significa ser perfectos ni tener desde el principio todas las habilidades que se requieren. Dios elige a imperfectos y los unge para

manifestar así que la gloria es suya, incluso si pecamos y nos arrepentimos no nos quita la unción recibida, como hizo con el rey David después de sus graves pecados (2 Sam 12,13-14). En este caso sí podemos aplicar adecuadamente el “Dios capacita a los que elige”, porque se trata de los elegidos de Dios, y no de los que nosotros elegimos con criterios mundanos, que tienen que realizar su propio **proceso** de crecimiento e instrucción mientras están sirviendo. Nuestra elección tiene que ir al unísono con la de Dios y para este discernimiento es necesaria la unción, que sea una decisión desde el Espíritu Santo.

Como podemos equivocarnos, pensar que es de Dios y ser solo nuestro y no de él, nos podemos replantear las cosas. Si después de un tiempo prudencial uno que está en el servicio ve que no hay fruto, que no hay unción, es decir, no percibe que el Espíritu esté actuando a través de él para el bien de los demás y esto es confirmado por hermanos con sabiduría espiritual, se tiene que replantear seguir en el servicio y humildemente reconocer que en ese momento ha de dejarlo. Del mismo modo, si un grupo que ha elegido un equipo de servidores ve que no está en el Señor, y si no tienen la posibilidad de tener servidores adecuados tendrían que discernir cuál es la voluntad de Dios para el futuro del grupo. No somos dueños, somos administradores de la gracia de Dios y si no hay unción, entonces no hay gracia, y queda solo el esqueleto que es estéril, son huesos secos sin carne ni espíritu (cf. Ez 37,1-14). No pasa nada por corregir y cambiar un itinerario vacío de sentido que lleva a un callejón sin salida.

El Espíritu unge a los que son elegidos para un servicio y los usa como instrumentos de su acción. Por eso, toda llamada ha de manifestarse en una unción, la cual, en definitiva refleja a Cristo (el Ungido por el Espíritu), de modo que podamos llegar a decir como S. Pablo “no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (cf. Gál 2,20).

Hay otra cuestión que hemos de tratar. ¿La unción es **permanente** o **temporal**? ¿Puede suceder que un ungido del Señor deje de estarlo? Fijémonos, por ejemplo, en el caso del rey Saúl. Saúl es elegido rey y recibe la unción para esa tarea: “Tomó entonces Samuel el frasco del óleo, lo derramó sobre su cabeza y le besó, diciendo: «El Señor te unge como jefe sobre su heredad»” (1 Sam 10,1). Saúl tiene “el espíritu del Señor” (1 Sam 10,6. 10), porque Dios está con él (1 Sam 10,7). Sin embargo, por su pecado de envidia perderá la unción: “El espíritu del Señor se retiró de Saúl. Y un mal espíritu comenzó a atormentarlo” (1 Sam 16,14). Como en Saúl, todo ungido ha recibido la llamada de Dios y la unción para esa tarea, pero necesita conservarla con su fidelidad, lo cual no puede recibir de otro. Esta es el sentido del porqué las vírgenes sensatas de la parábola no pueden dar su aceite a las vírgenes necias (cf. Mt 25,1-13), porque fueron fieles en la espera del Señor y en esto cada uno es responsable de sí mismo y de sus decisiones. La fidelidad no se puede delegar ni compartir, aunque sí nos la podemos contagiar unos a otros.

Por tanto, es necesario para mantener la unción la vida de la **gracia**, que es fruto de la intimidad con el Señor, de la escucha a través de la oración, con el alimento de su Palabra y de la Eucaristía, perseverando en todo momento, tanto en tiempo de consolación como de prueba. La unción no desaparece si hay arrepentimiento después del pecado, como en el caso del rey David, en cambio si no hay arrepentimiento, como en Saúl, la unción se pierde.

También hay casos en que se recibe la unción de un modo **puntual**. Como ocurrió en tiempos de Moisés: “El Señor bajó en la Nube, habló con Moisés y, apartando algo del espíritu que poseía, se lo pasó a los setenta ancianos. En cuanto se posó sobre ellos el espíritu, se pusieron a profetizar. Pero no volvieron a hacerlo” (Núm 11,25). Moisés era el ungido del Señor y su unción era permanente. La de los setenta ancianos fue para un momento concreto: “no volvieron a hacerlo”. Así, no ha de extrañarnos que podamos encontrarnos con que en un momento determinado un

hermano reciba unción, pero esto no quiere decir que tenga el carisma permanente. En este caso puede haber dos errores totalmente opuestos. El primero consiste en pensar que ese momento puntual de unción es una llamada y enseguida darle un servicio o responsabilidad, lo cual sería equivocado, a no ser que se fuera dando en más ocasiones, con lo cual ya no sería puntual. El segundo peligro es el contrario, intentar impedir que actúe o hable cuando ha recibido la unción para ese momento concreto. Esto último es lo que ocurrió cuando algunos vieron profetizar a los que estaban con Moisés: «están profetizando en el campamento»... «Señor mío, Moisés, prohíbeselo». Moisés le respondió: «¿Es que estás tú celoso por mí? ¡Ojalá todo el pueblo del Señor recibiera el espíritu del Señor y profetizara!» (Núm 11,27-29). Hoy también podríamos decir lo mismo: Ojalá todos tuviéramos la unción del Espíritu para hacer presente a Dios, para que Cristo configure nuestras vidas y las de nuestros hermanos.

No tengamos miedo a que el Señor actúe a través de cualquiera, pero hagamos un serio discernimiento para ir descubriendo quién tiene unción y quién no; para poder descubrir y dejarnos guiar por el que está ungido, por el que, como Jesucristo, está “impregnado” y “untado” del Espíritu y así vive y sirve a Dios y a los hermanos.

Eduardo Toraño López